

En el verano de 1909, y en carta al ya «barcelonés» Piquet en la que le nombra «padrino» de su *Proteo*, le pide las señas del domicilio de Alomar, Victor Catalá, Guimerá, Ignacio Iglesias, Marquina, D'Ors y Rusiñol para remitirles el libro, tras pedirle que mueva el ambiente en favor de su *Proteo* y recordarle que ya se lo ha enviado a Ramón D. Perés, Pompeyo Gener y Joan Maragall. Por cierto que el gran poeta modernista dejó constancia del envío de *Motivos de Proteo* en carta a su amigo Carles Rahola del otoño de 1909: «Realment és una bella obra de sinceritat i claror de vida. De vegades té un brill dur, estoic; pero, en fi, és una obra i un home».

También en esa misma correspondencia veraniega de 1909 le escribe. «No pierdo la esperanza de verle pronto por aquí, aunque sea transitoriamente. Mejor sería, sin duda, que pudiese yo atravesar el charco y estrecharle la mano en nuestra común patria de origen, la brava Cataluña; —Pero, ¡ay!, por el momento es cosa imposible para mí.—» Palabras que expresan su atención y su devoción por Cataluña. Los anhelos de viajar aún tardarían algunos años en cumplirse.

Y, por fin, el viaje a Europa. El 9 de julio de 1916 le escribe a Juan Antonio Zubillaga: «Me embarco el 14 para Europa. Le supongo enterado de los antecedentes: voy como colaborador de *Caras y Caretas*». Y el 9 de agosto le comunica al doctor José María Lago: «Ayer llegué a Barcelona, después de tres días de permanencia en Madrid». Las crónicas barcelonesas del viaje aparecieron en la revista bonaerense y fueron a parar posteriormente al volumen *El camino de Paros* (Barcelona, 1918). Tanto las impresiones de Barcelona como las de su posterior itinerario y estadía en Italia son memorables.

Tres son las crónicas barcelonesas de Rodó, fechadas en agosto y septiembre de 1916. La primera trata sobre Barcelona y las dos restantes abordan lo que él titula «El Nacionalismo catalán. Un interesante problema político». Tuvo como cicerone al joven Rafael Vehils, quien andaba preparando una revista de estudios de derecho y política internacionales en compañía del institucionista catedrático de Oviedo, Rafael Altamira. El jurisconsulto barcelonés que acompañó a Rodó habría de residir en la última etapa de su vida en Montevideo y Buenos Aires, interesándose vivamente por el sentido y los modos de cooperación intelectual hispano-argentina, tal como reza una publicación suya editada en Buenos Aires en 1958, pocos meses antes de su fallecimiento.

Los rigores del verano mantienen fuera de la ciudad a los intelectuales, y Rodó, acompañado por Vehils o deambulando en solitario, observa la ciudad: «andando, andando, proveo mi cesta de observador». Ha llegado Rodó a Barcelona, procedente de Madrid y Lisboa, y al inmediato contac-

to con la ciudad ha recibido «la impresión de haber pasado una frontera internacional. Viniendo de las tierras de la opuesta parte del Ebro, notáis, a la primera ojeada, que el ambiente es otro». Rodó se sumerge en ese ambiente y callejea sin cesar. Sus impresiones atienden por igual a los ciudadanos y a la ciudad, descubriendo cómo se pronuncia su apellido: «La primera o no suena como la clara y neta vocal castellana, sino de una manera que participaría de la *o* y de la *u*». Se fija en los obreros que «marchan con la frente altiva», en la actividad y la cultura de la burguesía y en la belleza de las mujeres que es del linaje «que incluye plásticos himnos de vitalidad». Adivinando la adusta mole de Montjuich desde el fondo de las Ramblas, acude a su recuerdo la imagen de Ferrer i Guardia, «infortunado y mediocre agitador a quien tan deplorable torpeza política dió universal aureola de mártir». Admira el cosmopolitismo de la Rambla de las Flores («paso ante dos o tres escaparates atestados de libros franceses») y se siente ufano del criollismo cuando descubre en plena Rambla del Centro un local rotulado el *Cabaret-Tango*.

Espoleado por la escasez de tiempo de que dispone, no cesa de callejear. Prefiere la Barcelona que han dejado los siglos, la medieval especialmente, a los barrios modernos, el *Ensanche*, pese a que sus conocidos barceloneses se afanan para que lo conozca y admire. En compañía de Vehils visita la Casa Consistorial, la Lonja y la Catedral, recorridos en los que se cree «transportado por encanto a los días de Roger de Flor y de las luchas en guerra con turcos y con moros». La Barcelona medieval ha fascinado al viajero uruguayo.

No obstante sus detenidas visitas al Archivo de la Corona de Aragón y al Instituto de Estudios Catalanes («guardo de mi visita a este centro de cultura la más grata y duradera impresión»), saca tiempo para admirar la Barcelona moderna, «soberbia y bella», a la caída de las tardes, «mirando de la altura de Vallvidriera o del Tibidabo», o sorprenderse, no con total aquiescencia, del «ultramodernismo plástico» de la Sagrada Familia o del Palau de la Música Catalana, que Rodó llama con acierto y en atención a Lluís Millet, «la sala de conciertos del *Orfeó Catalá*». Por la escasa atención que le presta y por algún muy lacónico comentario, la arquitectura del *Modernisme* le parece poco más que una tentativa de fondo interesante.

Lo que ha cautivado su atención de la Barcelona moderna no es la arrogancia monumental, ni los esplendores de las calles, «sino aquellas cosas de modesta apariencia, que dan testimonio de la actividad espiritual de las generaciones vivas». Discrepa de su gran amigo Miguel de Unamuno sobre la característica «fachadosa» de la ciudad, porque detrás de las cuidadas fachadas, «veo yo, en la casa de los catalanes, el fondo: veo una artística sala, una copiosa biblioteca, un confortable comedor, unos frondosos y

bien cultivados jardines. Veo, en suma, aquella entidad que es la raíz de todas las grandezas y el secreto de todos los triunfos: la energía». La energía es el rasgo que de modo más pertinente retrata a la ciudad: energía que se dibuja en el poderoso aliento del trabajo o en la infatigable imaginación creadora. Energía que se proyecta en el nacionalismo catalán, a cuyo análisis e interpretación Rodó dedicó dos crónicas de su habitual colaboración para *Caras y caretas*.

Rodó forja para estas crónicas un interlocutor ideal —aglutinando las informaciones obtenidas en sus conversaciones con Ventosa y Calvell con la opinión de los anónimos, las charlas en los cafés, lo que dicen los diarios, la ojeada a algún folleto, etc.— en el que se atreve «a esperar que quedará fielmente reflejado el sentido común del catalanismo». Este sentido común se compone de varios principios doctrinales, de los cuales el primero es que Cataluña es una nacionalidad: «una unidad histórica, étnica, viviente; una unidad espiritual, creadora de un idioma y de un derecho, inspiradora de un arte, que atestiguan las obras de sus arquitectos y de sus poetas». El segundo tiene un carácter histórico: Rodó y su interlocutor ideal creen que en la fragua del nacionalismo catalán fue un momento clave la crisis de fin de siglo; de allí arranca lo que el interlocutor ideal denomina «una conciencia nacional en acción». El tercer principio básico es la lengua: «Bien sabe usted —le dice el interlocutor ficticio— que no es el idioma una forma vana, una cáscara caediza. Es la fisonomía del genio colectivo». El diálogo entre Rodó y su interlocutor es detallado, advirtiéndose al paso lo bien que ha observado el peso de la filosofía de Taine en la urdidumbre ideológica del nacionalismo catalán (algo similar creía el mejor conocedor de la intrahistoria catalana de comienzos de siglo, Josep Pla).

En la perspectiva de futuro las meditaciones del escritor uruguayo son apasionantes, más si cabe por esta formuladas en el límite del orteguiano «Bajo el arco en ruinas». Rodó ha creído entender que el movimiento catalanista no se detiene en la órbita de sus intereses autonómicos, aspira al ascendiente nacional; visiblemente influido por la personalidad de Cambó (a quien no pudo conocer personalmente) subraya el papel conductor de Cataluña hacia el *status* de la modernidad en una nueva España. Por ello apela a la concordia de Cataluña y España, pidiendo a los catalanes el equilibrio del entusiasmo «con una reflexiva abnegación. Mantened, amad la patria chica, pero amarla dentro de la grande», mientras que al resto de los españoles (Castilla como núcleo) les exige la destrucción del férreo centralismo y la mirada dialogante con las aspiraciones catalanas: «Mirad que en su misma altiva aspiración de predominio hay un fondo de razón y justicia, porque pocas como ella ayudarían tan eficaz-

Bibliografía

- SARMIENTO, DOMINGO F., *Viajes*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1981.
- UNAMUNO, MIGUEL, *Letras Hispanoamericanas* (1894-1924), *Obras Completas* (ed. M. García Blanco), Madrid, Afrodiseo Aguado, 1958; tomo VIII.
- DARÍO, RUBÉN, *España Contemporánea* (prólogo de Antonio Vilanova), Barcelona, Lumen, 1987.
- DARÍO, RUBÉN, *Autobiografía*, *Obras Completas*, Madrid, Mundo Latino, s.a.; tomo XV.
- OLIVER, ANTONIO, *Este otro Rubén Darío*, Barcelona, Aedos, 1960.
- OLIVER, MIGUEL, S., «Rubén Darío» (1912), *Hojas del sábado, II. Revisiones y Centenarios*, Barcelona, Gustavo Gili, 1919.
- SAGARRA, JOSEP M., *Memòries*, Barcelona, Edicions 62, 1981.
- BAYO, CIRO, *Lazarillo español*, Madrid, Espasa Calpe (Austral), 1952.
- BAROJA, PÍO, *Memorias. Desde la última vuelta del camino*, *Obras Completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1978; tomo VI.
- BAROJA, RICARDO, *Gente del 98* (ed. Pío Caro Baroja), Madrid, Cátedra, 1989.
- RODÓ, JOSÉ ENRIQUE, *El camino de Paros*, *Obras Completas* (ed. Emir Rodríguez Monegal), Madrid, Aguilar, 1957.
- GARCÍA CALDERÓN, FRANCISCO, *Profesores de idealismo*, París, Ollendorff, s.a.
- JIMÉNEZ, JUAN RAMÓN, *Españoles de tres mundos* (ed. Ricardo Gullón), Madrid, Alianza, 1987.

mente a infundir, para las auroras del futuro, hierro en la sangre y fósforo en los sesos de España». Las observaciones que Rodó cierra en septiembre de 1916 tendían un arco hacia el futuro: la energía de la nacionalidad catalana debía contribuir a forjar el camino hacia otra España, siempre dentro del marco horaciano *est modus in rebus*.

El viajero Rodó abandona Barcelona camino de Italia en plena canícula: Génova, Pisa, Florencia, Bolonia, Milán, Turín, Roma, Nápoles y Palermo son diferentes escalas de su viaje hacia la muerte, anunciada por la imperturbable constancia de la enfermedad que no le abandona. Las notas de viaje son premonitorias. Recordando la visita que acaba de realizar a la Gruta Azul de Capri, escribe en marzo de 1917: «Debo esperar el momento de salir, tendido en el fondo de la barca, en la actitud de un cadáver en su féretro».

Rodó fallece el primero de mayo de 1917 en el hospital de San Severio de Palermo: «Se n'ha anat a morir, com li esqueia, a la mateixa terra immortal de Pitàgoras», escribía Eugeni D'Ors en el *Glosari* correspondiente al ejemplar de *La Veu de Catalunya* del 31 de mayo. Juan Ramón Jiménez le invitaría a ingresar, por esos mismos días, en esa joya del retrato que es su *Españoles de tres mundos*. Recuerda el poeta de Moguer su encuentro madrileño de agosto de 1916 con su ya juvenilmente admirado José Enrique Rodó: «¡Sí, qué estúpidamente ajeno yo de aquel breve encuentro suyo y mío era conocimiento de presencia rápido y despedida final; de que aquel transeúnte mejor, fuerte y sano, aquel maestro altivo y generoso, cumpliendo su destino inexorable, iba derecho, de prisa por mi España, a encontrarse, en la Italia ideal, camino de Grecia, con la muerte!».

Adolfo Sotelo Vázquez